

*Moralidad y Estado-nación en el discurso anarquista cubano (1902-1915)**

Amparo Sánchez Cobos
Universitat Jaume I de Castelló

Resumen: Este texto trata de deconstruir el discurso antipolítica y antiestado difundido por los anarquistas en Cuba en los primeros años de república para desentrañar, por un lado, las que consideraron contradicciones inherentes al propio sistema, y del otro, la intención constructivista (más allá de lo acertada o no) de aquellos que pusieron teoría y práctica en bien de la clase trabajadora.

Palabras clave: moralidad, nacionalismo, Estado, anarquismo, discurso.

Abstract: This text focuses on deconstructing the anti politics and anti State discourse spread by anarchists in Cuba in the early years of Republic to unravel, on the one hand, what anarchists considered contradictions inherent in the system itself, and on the other, the constructive intention (beyond being correct or not) of those who put theory and practice in the interests of the working class.

Keywords: morality, Nationalism, State, Anarchism, discourse.

* Este estudio se encuentra inscrito en los proyectos de investigación HAR2012-36481-MINECO y P1.1B2012-57-UJI, y en el Programa PROMETEO 2013/023, Generalitat Valenciana para Grupos de Excelencia.

Uno de los mayores reproches lanzados contra los anarquistas de Cuba de las primeras décadas del siglo xx se basa en el obstáculo que supusieron sus actividades para la conformación de la nueva nación. El anarquismo en la isla ha sido interpretado, en general, como un error táctico, propio de una ideología perniciosa, que en ese momento contribuyó a desorientar a los trabajadores y a desviarlos de su verdadero fin: el fortalecimiento de la patria¹.

Analizadas en términos exclusivamente políticos, sus arengas en contra del gobierno y del sistema republicano nacido en 1902 pudieron tener, efectivamente, una finalidad que entraba en controversia directa con el nuevo Estado. Sin embargo, más que un discurso antipolítico al uso, lo que se observa al examinarlo es el intento de construcción de una moralidad diferente tendente a reubicar las relaciones sociales sobre unos postulados basados en los principios libertarios. Solidaridad, igualdad y justicia, frente a la «opresión» y la «exclusión» del nuevo régimen.

Este texto trata de deconstruir el discurso antipolítico y antiestado difundido por los anarquistas en Cuba en los primeros años de república para desentrañar, por un lado, las que consideraron contradicciones inherentes al propio sistema y, por otro, la intención constructivista (más allá de lo acertada o no) de aquellos que pusieron teoría y práctica en bien de la clase trabajadora. Para ello utilizaremos los artículos publicados en el periódico *¡Tierra!*, principal vocero anarquista de la primera década republicana donde colaboraron los anarquistas cubanos y españoles más destacados².

Discurso libertario y antipolítico en Cuba

Quizá el principio que define con más propiedad al anarquismo sea la libertad. Para el anarquista, «el hombre es libre por

¹ Las diferentes lecturas sobre el anarquismo en Cuba, en Amparo SÁNCHEZ: *Sembrando ideales. Anarquistas españoles en Cuba (1902-1925)*, Sevilla, CSIC, 2008, pp. 36-44.

² Utilizamos esta única fuente no por ser el único periódico anarquista que se publicó en Cuba durante la etapa escogida, sino por ser el que mayor proyección tuvo tanto en el tiempo (de 1902 a 1915, mientras la mayoría no solían sobrevivir más que algunos meses) como en el espacio ya que trascendió las fronteras cubanas llegando a Europa y América.

naturaleza y la sociedad le impone sus cadenas para dominarle y explotarle a su antojo»³. En frases de este tipo está contenida en esencia la idea sobre la naturaleza que dominó su pensamiento; una naturaleza que es representada simbólicamente como el lugar donde se encuentran todos los principios que aseguran la libertad, entre los cuales resaltan la armonía, el orden y la justicia. Está implícita también en la frase la idea sobre la sociedad corruptora, la sociedad como un sistema de organización antinatural creado por el hombre que corrompe esa armonía natural y que está diseñado para asegurar la explotación del hombre por el hombre. El sistema, por tanto, genera las contradicciones y con ellas el descontento de unos grupos y sus expresiones en contra. Para ello se dota de los mecanismos que pueden hacer efectiva esa explotación, entre ellos, el más efectivo: el Estado⁴.

Este determinismo social, característico del ideario anarquista, explica en parte cómo el Estado y su forma de expresión, la política, acabaron siendo objeto de sus más descarnadas diatribas. La idea es simple, aunque el discurso después se complique: donde comienza el Estado, con su corolario de opresión y exclusión, acaba la libertad del individuo. Y esta idea resulta central para entender el discurso antipolítico difundido por los anarquistas en la Cuba de comienzos del siglo xx.

Recién «emancipada» del poder colonial, la isla se encuentra en los inicios de construcción de un modelo de Estado-nación concebido *top-down*, que en muy poco tiempo revela visibles divisiones internas teñidas además de expresiones racistas⁵. El resultado es un proyecto nacionalista definido por las elites intelectuales que es con-

³ «Al presidente y demás funcionarios de la República cubana», *¡Tierra!*, 24 de enero de 1903.

⁴ José ÁLVAREZ JUNCO: *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Madrid, Siglo XXI, 1991, caps. 2 y 9.

⁵ Los comienzos del siglo xx muestran un panorama complicado para la política cubana dirigida por partidos de composición heterogénea y nucleadora. Las elites no se ponían de acuerdo sobre el modelo a seguir: los conservadores defendían la presencia de Estados Unidos y algunos reclamaban la anexión; enfrente se encontraban los defensores a ultranza de la nacionalidad; y los paladines de la llamada «virtud doméstica» que, dejando de lado la cuestión de la injerencia, abogaban por el perfeccionamiento de las organizaciones políticas y la alternancia de los grupos políticos en el poder. MIRIAM FERNÁNDEZ: «Construyendo la nación: proyectos e ideologías en Cuba, 1899-1909», en Consuelo NARANJO, Miguel Ángel PUIG-

testado por los sectores populares ya en los primeros años de intervención norteamericana y por la mayor parte de los afrocubanos que se consideraban relegados a un papel secundario en la nueva sociedad a pesar de haber conseguido una igualdad jurídica real⁶. Ante esta situación, los anarquistas se centraron en poner de manifiesto los «verdaderos objetivos» de la *intelligentsia burguesa* dirigente y, con ello, la presencia estadounidense, como vector de ese modelo nacional construido desde arriba, no pasó inadvertida.

En principio, su lectura revela una traición sobre la base del nuevo Estado. En su discurso recuerdan cómo se había logrado la emancipación de la isla y cuál era la realidad que, sin embargo, había surgido de ella; dicho de otro modo, centran sus ideas en torno a la participación de los distintos sectores sociales en las guerras de independencia y al giro que estaban dando las élites a la república. No habían sido éstas unas guerras gestadas desde la clase política y dirigente y sostenidas por un ejército nacional. Por el contrario, de acuerdo con una de las interpretaciones sobre la revolución por la independencia, habían nacido del clamor del pueblo y habían contado con uniones interraciales e interclasistas en la base, que dotaron a la revolución cubana de un componente altamente popular⁷. Por tanto, lo que se alzaba ante los ojos de los anarquistas en los primeros años del siglo XX —reinterpretando bajo su prisma la guerra y la revolución— significaba la «más alta traición» a esos que dejaron sus vidas en la manigua:

«El gobierno de Cuba, resultante de la Revolución Cubana, revolución que fue incubada al calor del entusiasmo de los trabajadores..., al conseguir el triunfo traicionando su origen y falseando su finalidad, rechaza de

SAMPER y Luis Miguel GARCÍA (eds.): *La Nación soñada. Cuba, Puerto Rico y Filipinas en torno al 98*, Aranjuez, Doce Calles, 1996, pp. 123-129.

⁶ Sobre el nacionalismo popular, Marial IGLESIAS: *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana*, La Habana, Ediciones Unión, 2003. El sector nacionalista afrocubano, en Alejandro DE LA FUENTE: *A Nation for All: Race, Inequality, and Politics in Twentieth-Century Cuba*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2001. La igualdad jurídica de los negros, en Rebecca J. SCOTT: *Degrees of freedom: Louisiana and Cuba after slavery*, Cambridge, Mass., Belknap Press of Harvard University Press, 2005.

⁷ Ada FERRER: *Cuba insurgente: raza, nación y revolución, 1868-1898*, La Habana, Ciencias Sociales, 2011.

su lado a las clases trabajadoras desatendiendo sus problemas y buscando su apoyo en el capital acaparado»⁸.

Otras interpretaciones de la independencia resaltan también la participación de las clases medias y el importante papel que desempeñaron tanto en la contienda como en el cariz que tomó la república después de la independencia. Fueron precisamente estas capas las que vieron en las guerras emancipadoras su oportunidad para librarse de un gobierno que les mantenía al margen de las decisiones y de la soberanía y, desde el reformismo, apoyaron la causa cubana aunque siempre se mantuvieron conservadoras —amparadas por los prejuicios étnicos— por el potencial peligro que veían en la ascensión de los sectores populares, de ahí que «mantuvieran las distancias con los restantes grupos, que acaparasen los puestos de mando en el Ejército Libertador y que, en cuanto estuvo en sus manos, optaran por cerrar el paso a cualquier proyecto político que las clases populares pudieran promover o que las tuviera como destinatarias»⁹. La interpretación de los anarquistas prescinde, por tanto, de la división social de la Cuba de finales de siglo y nos ofrece una representación rígida de la sociedad, fragmentada en dos clases sociales antagónicas y enfrentadas, se trata, en definitiva, de una interpretación clasista de las guerras de independencia en Cuba.

El anterior es sólo un ejemplo de los muchos que los anarquistas difundieron en la prensa, en el que pueden verse además referencias a la contribución anarquista a la causa independentista, lo cual se convertiría en un punto central de su argumento en contra del Estado y en la principal línea de unión con la tesis de la participación popular y su posterior frustración. En principio, la entrada de anarquistas en la última guerra respondió al anhelo de acabar con un régimen político no tan diferente al que estaba surgiendo entonces, al menos en lo que a la situación de los trabajadores se refería. Sin embargo, pronto vislumbraron interesantes expectativas de futuro para su proyecto en la nueva etapa que se abría para Cuba. La posibilidad de convertir la lucha por la emancipación en una

⁸ «A los trabajadores de la isla de Cuba», *¡Tierra!*, 5 de julio de 1902.

⁹ José Antonio PIQUERAS: *Sociedad civil y poder en Cuba. Colonia y poscolonia*, Madrid, Siglo XXI, 2005, p. 241.

auténtica revolución social de signo libertario apareció en el trasfondo de su discurso difundido en apoyo de la causa cubana. Para ello tuvieron que dejar de lado momentáneamente sus postulados en contra de hacer política, y se vieron incluso abocados a contestar a aquellas voces que desde dentro de las propias filas anarquistas se oponían a ese apoyo advirtiendo que en realidad estaban contribuyendo a cambiar a un gobierno explotador por otro de distinto signo, pero igualmente explotador¹⁰.

Los anarquistas de Cuba, que creían haber sacrificado tanto en la independencia, incluso su propia integridad, veían así truncadas sus expectativas. A la idea de la traición se une la sensación de frustración que la realidad política les devolvía en 1902. Sin embargo, ese sentimiento de frustración, más allá de frenarles en sus intenciones, fue utilizado para dar un nuevo impulso a su discurso y con él a su lucha¹¹. Y para ello el lenguaje se convierte en una de sus principales armas y aparece reforzado con preguntas directas y cargadas de emotividad que tienen como fin último la persuasión: «Decidme obreros de Cuba: ¿Nunca se os ocurre el preguntaros de qué os valieron y qué habéis alcanzado con vuestros heroicos sacrificios en la lucha que sostuvisteis por la independencia?»¹². Utilizan el discurso y el lenguaje con una intencionalidad manifiesta, en este caso, con el propósito de mover a sus interlocutores a unirse a la acción salvadora que preconiza la «verdadera» empresa emancipadora del que sufre: la revolución social anarquista. La frustración se convierte así en acicate para los interpelados.

Y van un poco más allá. Con el fin precisamente de provocar al lector recurren a una argumentación eminentemente emotiva para la Cuba de comienzos de siglo: la malograda república martiana «de todos y por el bien de todos», que representaba los ideales nacionalistas que se habían gestado en las décadas finales del siglo XIX en las comunidades de trabajadores exiliados en Estados Unidos al-

¹⁰ Amparo SÁNCHEZ: «La última frontera. Los anarquistas españoles y la independencia de Cuba», en Josef OPARTNY (ed.): *El caribe hispano de los siglos XIX y XX. Viajeros y testimonios*, Praga, Karolinum, 2009, pp. 247-254.

¹¹ La frustración de los deseos no cumplidos, la decepción y el descontento eran recursos propagandísticos habitualmente usados entre los anarquistas. Juan SURIANO: *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001, pp. 80-81.

¹² «¡Escuchad obreros!», *¡Tierra!*, 14 de marzo de 1903.

rededor de su principal valedor teórico, el mítico José Martí¹³. Esta idea encarnaba de manera inequívoca esa sensación de traición que sentían y enlazaba con las críticas vertidas en el mismo sentido desde otros sectores de la sociedad cubana¹⁴.

En realidad, el viraje político se había gestado durante la primera etapa interventora (1898-1902). Las élites y las clases políticas, apoyadas en las redes clientelares en las que se habían integrado las capas medias y muchos miembros del antiguo Ejército Libertador, «pactaron» las reglas del juego con las autoridades norteamericanas y basaron esas nuevas reglas en la economía, primando los intereses de los latifundios azucareros, la mayoría de capital norteamericano¹⁵. Fue entonces cuando los ideales nacionalistas de base popular se diferenciaron considerablemente del sentimiento nacionalista forjado por las élites liberales en connivencia con los intereses norteamericanos¹⁶. Desde arriba llegó una parte del discurso «nacionalista» que, reelaborado por esas élites letradas, se apropió de todo

¹³ En la Europa del siglo XIX la construcción del nacionalismo está relacionada con la liquidación del Antiguo Régimen por parte de la burguesía, que se vio «obligada» a desarrollar un sistema de lealtades que garantizase el apoyo social que necesitaba su proyecto político. Ese esquema fue reproducido en los distintos países sudamericanos que nacieron de la independencia del poder colonial español y que construyeron unas naciones vinculadas a la economía de exportación a Europa y Norteamérica, cuyos proyectos culturales celebraron las raíces europeas a costa de la marginación de los indígenas y los negros. El proyecto nacionalista martiano, retomado en la América hispana y Brasil tras su muerte, cuestionó los fundamentos de ese liberalismo nacional y se sustentó en la autodeterminación de los pueblos y el control de sus destinos, así como en la modificación del contexto socioeconómico y las consecuentes relaciones de clase, en la participación política de todos y en la igualdad jurídica, vindicando además los rasgos étnicos y culturales indígenas y de origen africano. Sobre el proyecto martiano, Ramón DE ARMAS: «José Martí: su república de mayoría popular», en Consuelo NARANJO y Tomás MALLO (eds.): *Cuba la Perla de las Antillas*, Aranjuez, Doce Calles, 1994, pp. 261-277.

¹⁴ Aviva CHOMSKY: «Barbados o Canada? Race, Immigration, and Nation in Early-Twentieth Century Cuba», *The Hispanic American Historical Review*, vol. 80, 3 (2000), pp. 415-462.

¹⁵ Michael ZEUSKE: «1898. Cuba y el problema de la transición pactada. Prolegómeno a una historia de la cultura política en Cuba (1880-1920)», en Consuelo NARANJO, Miguel Ángel PUIG-SAMPER y Luis Miguel GARCÍA (eds.): *La Nación soñada...*, pp. 131-147.

¹⁶ Gerald E. POYO: «*With All, and for the Good of All*». *The Emergence of Popular Nationalism in the Cuban Communities of the United States, 1848-1898*, Durham-Londres, Duke University Press, 1989, pp. 135-137.

un aparato discursivo que se venía gestando desde la segunda década del siglo XIX por los distintos sectores de la sociedad cubana; el nacionalismo republicano se convirtió así en el discurso por excelencia de legitimación del poder.

Si bien en las propuestas igualitarias de Martí se incluían objetivos que se acercaban a los trazados por los anarquistas —mejora de las condiciones laborales, eliminación de la discriminación racial, etc.—¹⁷, el uso de su figura por los anarquistas no deja de contener una cierta contradicción o, al menos, resulta una interpretación «interesada» por cuanto en Martí se observan dos lados bastante diferenciados: de una parte, aparecen sus ideas, sus principios ideológicos, de fuerte composición radical-democrática aunque nunca socialista; y, de otra, su proyecto político, abiertamente interclasista y con una marcada pretensión integradora para atraer a la causa revolucionaria a los distintos grupos sociales y que, en aras precisamente de integrar a todos, «debió construirse a partir de renuncias personales, concesiones y calculadas ambigüedades»¹⁸. El Martí al que aluden los anarquistas no deja de parecer una idealización más de aquello que no pudo ser y que tan bien se adecuaba a su discurso en contra del Estado. La república democrática estaba en el ideal del *apóstol* y, cuando ésta se constituyó, el pretendido proyecto social contenido para muchos en la revolución se diluyó en la apuesta nacionalista; y esto ocurrió sin movilización popular, por cuanto los distintos sectores se integraron en las clientelas que se organizaron en el nuevo régimen. La república también se encargó de canalizar a los descontentos, y el aparato represivo creado en aras de salvaguardar el orden, de reprimir a aquellos que llevaron el descontento a posturas más radicales, como pasó con la represión del Partido Independiente de Color en 1912.

Si la falta de consenso en la elaboración de un proyecto nacional en Cuba aportó buenos elementos de crítica para los anarquistas, en mayor medida lo haría el propio sistema democrático. Las referencias directas al nuevo gobierno y a las elites encargadas de su dirección evidencian su creencia en la sociedad como símbolo de corrupción, y así lo demuestran con diatribas constantes contra

¹⁷ Joan CASANOVAS: *¡O pan o plomo! Los trabajadores urbanos y el colonialismo español en Cuba, 1850-1898*, Madrid, Siglo XXI, 2000, p. 268.

¹⁸ José Antonio PIQUERAS: *Sociedad civil y poder en Cuba...*, p. 221.

el sistema republicano democrático nacido en mayo de 1902. De hecho, la república democrática aparece de forma recurrente en el trasfondo que da origen a todos los problemas y siempre recuerda la «verdadera» situación en la que se encuentran los trabajadores, que no ha mejorado en nada con la llegada del nuevo régimen, un argumento al que solían recurrir sobre todo cuando se conmemoraban los aniversarios del 20 de mayo:

«... los obreros no tienen motivo para regocijarse del advenimiento de la república [...] nuestra vida sigue siendo tan miserable como antes y nuestros derechos continúan tan conculcados como siempre; la ley que con nosotros observan los nuevos gobernantes es la eterna ley del palo, y el techo hospitalario que nos brindan para nuestro reposo es el de la cárcel y el presidio»¹⁹.

Entre los anarquistas, «la actividad política era descalificada globalmente como medio inadecuado para conseguir la verdadera liberación de los trabajadores»²⁰, y este pensamiento se dejó claramente expresado en las publicaciones libertarias de Cuba. Dos ideas subyacen en sus interpretaciones de la política y del Estado: *a)* su inutilidad o, más concretamente, su falta de voluntad para resolver los problemas de la sociedad cubana, y *b)* su efecto obstaculizador de las empresas implementadas por los trabajadores en su propio beneficio, que siempre eran respondidas mediante la represión²¹. Pero, además, en el contexto analizado, aparece siempre otro elemento distorsionador: los Estados Unidos. Los que ahora ocupan el poder no hacen sino acatar los designios del nuevo dominador:

«... esta independencia no es absoluta, Cuba tiene en sus pies el grillete de la Ley Platt que la sujeta al poste de los Estados Unidos; pero este mismo grillete ha sido remachado por la Representación cubana, a nombre del pueblo cubano, dando por buena la relativa independencia y cerrando así el ciclo revolucionario»²².

¹⁹ «Patriotería apócrifa», *¡Tierra!*, 28 de mayo de 1904.

²⁰ Javier PANIAGUA: *La larga marcha hacia la anarquía. Pensamiento y acción del movimiento libertario*, Madrid, Editorial Síntesis, 2008, p. 60.

²¹ José ÁLVAREZ JUNCO: *Ideología política del anarquismo español...*, p. 228.

²² «¡Obreros», *¡Tierra!*, 5 de julio de 1902.

El sentido que estaba tomando el sistema democrático en Cuba y el proyecto de construcción nacional que se estaba promoviendo desde arriba aparecían, así, unidos en el discurso anarquista para reforzar la idea del «fracaso» (al menos para resolver los problemas de los sectores populares) que significaba el nuevo Estado. En un discurso que se repite casi de forma recurrente, vuelven sobre las ideas de la traición y la inoperancia política, a las que unen sus verdaderos anhelos con la esperanza de solución futura:

«Creía en un sueño patriótico [...] que cuando derrocáramos al tirano de la metrópoli y fuéramos independientes, el Gobierno propio, basado en la más eminente democracia, cobraría el mínimum de las contribuciones; protegería la agricultura, reduciría todo lo posible el presupuesto de gastos de empleados en la nación, invertiría con frecuencia la mayor parte del presupuesto de ingresos en la instrucción pública cultivando la inteligencia del último niño que naciera en el rincón más apartado de la República, protegería las artes y oficios, sostendría el menor número posible de fuerzas armadas, haciendo así un pueblo culto y laborioso modelo de honradez y virtud»²³.

Aparece en la cita anterior una suerte de definición de Estado que se delimita por lo que no es, lo que no era la república cubana. Para los anarquistas era común ver al Estado como una forma política de organización administrativa y como un elemento de garantía de la seguridad del orden público, de impartición de la justicia y como suministrador de una serie de servicios²⁴. El gobierno cubano se alejaba de esa concepción y aparecía dominado por la corrupción política y administrativa; una realidad que era compartida por otros sectores de la sociedad y que se basaba en la creencia de que las nuevas leyes democráticas habían traído la arbitrariedad y que la corrupción acompañaba a la nueva clase política²⁵. La frustración, junto a la inoperatividad del Estado, movía a

²³ «Leed patriotas», *¡Tierra!*, 20 de marzo de 1909.

²⁴ Javier PANIAGUA: *La larga marcha hacia la anarquía...*, p. 12.

²⁵ Es la idea de la república de generales y doctores que ha llegado a través de la literatura. Carlos LOVEIRA: *Generales y doctores*, La Habana, Sociedad Editorial Cuba Contemporánea, 1920. También el teatro reflejó ese ambiente. Álvaro LÓPEZ: *Teatro Albambra. Antología*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1979, pp. 517-574. Igualmente la idea de la frustración quedó expresada en la

los trabajadores y a los sectores populares a buscar alternativas entre aquellos que, formando parte de su grupo social, abanderaban un proyecto de mejora alternativo basado en los ideales de igualdad, justicia y solidaridad.

Para los anarquistas, la democracia sólo sirve para que el Estado ejerza su poder con el beneplácito de los ciudadanos. Por ello, la crítica al gobierno republicano no se agota en meros ataques descalificadores, a ella le siguen los reproches para aquellos que le hacen el juego al sistema, argumentando que ni la república, ni ninguna otra forma de gobierno, podría sobrevivir sin el sustento de los ciudadanos que ceden sus derechos y depositan así sus anhelos en la clase política que les representa; por tanto, el objetivo de sus diatribas fueron sobre todo los votantes y, en especial, los trabajadores que participaban en el juego político manteniéndolo a través de sus votos y cediendo de forma voluntaria su libertad.

En el centro de la crítica aparece el sufragio universal masculino, que había sido reconocido en Cuba a pesar de la proposición de sufragio censitario hecha por las autoridades interventoras. Para los anarquistas, los principales problemas que sufrían los trabajadores no se resolverían en las «promesas» a largo plazo que el sistema democrático les ofrecía, y la inclusión en el juego político republicano, al calor de las nuevas normas jurídicas, hacía que éstos dejaran en manos ajenas la posible solución a sus problemas, siguiendo los cauces habilitados por el sistema.

Las críticas a esta pretendida dejadez de los trabajadores son más frecuentes durante los periodos electorales, cuando los discursos de los candidatos apelaban a estos sectores en busca de votos: «Un año ha transcurrido desde que tenemos Parlamento y cada día vamos de mal en peor. Y lo poquísimo que ha conseguido el obrero lo ha obtenido marchando contra la política: en las huelgas y luchando siempre contra el capital y las autoridades»²⁶. Se en-

literatura, en especial en la poesía; véase el poema «Mi bandera» de Bonifacio Byrne, de 1904.

²⁶ «La farsa parlamentaria», *¡Tierra!*, 2 de mayo de 1903. Muy escasa e inefectiva fue la legislación obrera aprobada durante los primeros años de república. Amparo SÁNCHEZ: «Nuevas opciones, viejos dilemas. El conflicto social en los primeros años de República en Cuba», en Martín RODRIGO (ed.): *Cuba: de Colonia a República*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, pp. 69-86.

tiende así que las críticas más furibundas fueran contra los trabajadores que hacían el juego a la política, y en especial contra aquellos líderes obreros que defendían los ideales patrióticos por encima de la clase y que, dedicándose a la política, «engañaban» a los trabajadores para dejar sus intereses en unas manos que no les defendían: «¡Trabajadores!, no os fiéis de los políticos de oficio pero mucho menos confiad en vuestros *compañeros* que secundan a aquellos en sus planes de lucro»²⁷.

Aparecen también en el centro de la discusión anarquista las tramas organizadas en torno al sistema democrático orquestadas para asegurar los resultados esperados por los políticos en los comicios, junto a los mecanismos destinados a la recaudación de votos. Aflora así una denuncia directa al sistema caciquil que, especialmente en el campo cubano de los primeros años republicanos, adquirió una presencia y un poder inusitado. Jorge Ibarra traza los lazos de esas redes caciquiles en el agro y clientelares en la ciudad, organizadas ya durante la colonia, que tras la guerra fueron reanudadas en torno a los militares que combatieron por la independencia y que tuvieron como fin último la compra del voto para el político de turno²⁸. Este sistema jugó siempre en contra de los intereses de clase y así lo denunciaron los anarquistas:

«Aquí hay que ser político a la trágala y si protestas, si te rebelas, si te resistes a ingresar en el partido, ¡ay de tí! Primero cae sobre tu cabeza la excomunión del jefe, después te falta el trabajo, que nadie quiere darte, y, por último, la chusma del arroyo [...] enarbola los garrotes y brutalmente te muele los huesos»²⁹.

Sobresale en última instancia la idea de poder y del uso de la violencia. Pero las críticas son más duras cuando la violencia es ejercida por parte del Estado. Y en el caso concreto de la Cuba recién «emancipada», el binomio represión-subordinación aparece con frecuencia. No son pocos los escritos en que denuncian que

²⁷ «El obrero y la política», *¡Tierra!*, 23 de mayo de 1903. En cursiva en el original.

²⁸ Jorge IBARRA: *Patria, etnia y nación*, La Habana, Ciencias Sociales, 2009, pp. 165-220.

²⁹ «Del montón», *¡Tierra!*, 12 de enero de 1907.

las nuevas autoridades únicamente actuaban al servicio del capital y, en virtud de conservar el orden, hacían un uso discriminado de los mecanismos de coerción que se habían creado *ex profeso*: «Hoy el Gobierno cubano [...] ha puesto de manifiesto su única misión: proteger los intereses de los capitalistas a tiro limpio cuando llega el caso, que para algo se crean y sostienen la Guardia Rural y los cuerpos de policía»³⁰. Íntimamente ligados a esas críticas, surgen muy a menudo los intereses de Estados Unidos; así, junto a las referencias a la Emmienda Platt —con su corolario sobre la temible intervención—, aparecen la guardia rural, la policía y, unos años después, un nuevo elemento represor al servicio del Estado: el Ejército Nacional cubano, medidas encaminadas a preservar las inversiones norteamericanas en la isla, a decir de los anarquistas.

Las críticas de este tipo entroncan con otro de los principios predominantes en el anarquismo: el antimilitarismo. El Estado ostenta el monopolio de la violencia, para lo cual se dota de los organismos encargados de administrarla a su antojo. El antimilitarismo anarquista está motivado, por tanto, en ese uso represivo, pero los anarquistas en Cuba dan de nuevo un paso más y recriminan sobre todo a aquellos que, formando parte del pueblo oprimido, voluntariamente entran a formar parte de esos cuerpos y acaban reprimiendo a sus compañeros: «Estos proletarios disfrazados con el uniforme del crimen son muy valientes cuando caen sobre obreros sin armas»³¹.

Pero no sólo se entretuvieron los anarquistas en logros venideros y en centrar sus invectivas en lo que no pudo ser. Si la realidad política les ofrecía numerosas posibilidades de crítica y, con ellas, de reforzar sus ideas, la necesidad de ofrecer alternativas era un hecho.

Un sistema político basado en la moralidad anarquista

El anarquismo busca la resurrección moral del hombre y no sólo una mejora de sus condiciones materiales. De hecho, para explicar las razones que aparecen en el origen de las desigualdades sociales recurren más a cuestiones de orden moral que a las estrictas

³⁰ «La ineficacia de la reacción», *¡Tierra!*, 7 de febrero de 1903.

³¹ «Más de Cienfuegos. Última hora», *¡Tierra!*, 20 de marzo de 1909.

tamente económicas. Siguiendo las ideas del líder ruso, Piotr Kropotkin, tendían a explicar el problema económico de las clases populares a partir de la (no)satisfacción de sus necesidades, en vez de centrarse en los aspectos productivos, lo que hacía que primasen los presupuestos morales sobre los meramente económicos, llevándoles además a enlazar la realidad presente con la revolución social futura³². En contraposición a la moralidad vigente, de base eminentemente religiosa cristiana en la época analizada, defienden una moral natural, que practica el bien por sí mismo, racionalista y humanitaria, que tenga como fundamentos principales la libertad, la solidaridad, la generosidad y la justicia³³.

El régimen político es objeto también de fuertes reproches, argumentados desde el punto de vista moral, lo cual implicaba resaltar las «maldades» de un sistema que, a su entender, condenaba a los sectores populares de la isla a la opresión, a la desunión y a la injusticia. Las principales críticas giran en torno a un eje que consideran central: combatir las diferencias existentes en el seno de la clase trabajadora y, por ende, la desunión que la debilita como grupo, situación en la que el sistema político tiene un papel fundamental fomentando esas diferencias con un sentido utilitarista y discriminatorio.

El nacionalismo es un fenómeno político excluyente, por cuanto discrimina a todos aquellos que no forman parte de la nación. Generalmente se interponen los factores culturales, además de los territoriales, a la hora de formar naciones únicas y de resaltar lo específico de una cultura frente al resto³⁴. Y los nacionalistas cubanos finalmente pretendían conformar una comunidad política sobre la base de una identidad cultural y un apego al territorio histórico, dejando fuera a amplios sectores sociales provenientes de comuni-

³² José ÁLVAREZ JUNCO: *La ideología política del anarquismo español...*, pp. 197-220. La adhesión de los anarquistas de Cuba al narcocomunismo, en «La sociedad futura», *¡Tierra!*, 19 de diciembre de 1903.

³³ Javier PANIAGUA: *La larga marcha hacia la anarquía...*, p. 163.

³⁴ John Breuilly reconoce en la construcción del Estado-nación, «la necesidad de la gente de formar parte de una comunidad, [que además] tiene un fuerte sentido de nosotros-ellos, concibe el territorio como su tierra natal y quiere pertenecer a mundos culturalmente definidos y delimitados que den sentido a sus vidas». John BREUILLY: *Nationalism and the State*, Manchester, Manchester University Press, 1993, p. 401.

dades políticas y culturales diferentes. Las críticas de los anarquistas al Estado-nación que se estaba conformando en Cuba se fundamentaban en principio en esa exclusión y se diferencian, por tanto, de las respuestas de índole igualmente nacionalista que el proyecto esgrimido desde arriba por las elites recibió, que fue contestado no por el hecho de ser un modelo nacionalista, sino por los parámetros en los que se basaba. La crítica anarquista arremete de manera directa contra esa realidad por apoyarse precisamente en criterios «inmorales». Según el esquema *kropotkiniano* que defendían, se podía crear un sistema basado en la igualdad y en la unión de todos por igual, independientemente de su origen nacional o de sus rasgos étnicos, cuyas relaciones sociales estuvieran asentadas en la solidaridad y la ayuda mutua. Pero para ello era necesario acabar con el Estado, por ser el portador y defensor de un sistema político y moral que se mantiene sobre la base de la exclusión y la opresión de unos sobre los otros.

Éste no es un tema baladí para la Cuba de comienzos del siglo XX por cuanto existía una comunidad numerosa y creciente de inmigrantes, en su mayoría españoles, que, atraídos por la reconstrucción y el crecimiento de la economía de la isla tras la guerra, y alentados por las políticas inmigratorias aprobadas por los nuevos gobiernos, llegaron de forma constante durante las tres primeras décadas del nuevo siglo³⁵. En el cuadro que pintan los anarquistas, la clase obrera de la isla aparece dividida por cuestiones, que nada tenían que ver con los trabajadores, relacionadas precisamente con la política y con la cuestión nacional. Todos los testimonios se ponen de acuerdo en establecer el problema «en la enervadora apatía de muchos trabajadores, en las divisiones que existen entre nosotros por preocupaciones de nacionalidad o de raza y en un sinnúmero de pequeñeces que nos mantienen en continua y agitada lucha». Y reclaman como necesario «despertar el espíritu de clase» entre los obreros e «infiltrar en sus pechos el sentido de la rebelión» para conseguir «la necesaria unión» a partir de la cual afrontar

³⁵ Entre 1902 y 1931 llegaron a Cuba unos 900.000 inmigrantes de los cuales un 61 por 100 eran españoles, un 15 por 100 haitianos, un 9 por 100 jamaicanos y un 15 por 100 de otras nacionalidades. Jordi MALUQUER DE MOTES: «La inmigración española en Cuba: elementos de un debate histórico», en Consuelo NARANJO y Tomás MALLO (eds.): *Cuba. La Perla de las Antillas...*, pp. 121-136.

la lucha, pues a la «coalición burguesa y gubernamental, hay que oponer la solidaridad internacional de los trabajadores»³⁶.

Sobresalen en este discurso dos ideas principales: el rendimiento que la clase burguesa-capitalista sacaba de esa situación, al neutralizar parte del potencial reivindicativo de una clase trabajadora tan numerosa, y el papel interpretado por las autoridades, que dirigían sus políticas en favor y para el provecho exclusivo de una clase social concreta disponiendo los recursos y aprobando las medidas que posibilitasen la exclusión y la diferenciación. Conectan así argumentos económicos y políticos junto a los morales para referirse a las contradicciones del nuevo sistema. Y, en ese sentido, las fronteras y la exclusión de los extranjeros eran elementos idóneos en manos del Estado para frenar las expresiones de descontento social. Ahí es donde desemboca precisamente el discurso antinacionalista esgrimido desde las filas ácratas: los ideales nacionales servían para poner freno a las expresiones reivindicativas y, en última instancia, revolucionarias, de los trabajadores.

Si bien esa situación no era exclusiva de Cuba, lo que sí aparece de una forma más evidente en las publicaciones de la isla es la apelación constante, por parte de los sectores nacionalistas, al peligro que la unión de clase entraña para el bien de la nación. La «patria peligrá» fue una advertencia utilizada frecuentemente ante las reivindicaciones laborales y las huelgas, frenando en muchos casos la consecución de los objetivos de los trabajadores³⁷. Curiosamente, argumentos de ese tipo se habían esgrimido ya durante la guerra de independencia, cuando por parte de los líderes revolucionarios se les pedía a los obreros que dejaran de lado sus necesidades en bien de la defensa de la futura patria. Así, los obreros acababan enfrentados por discrepancias que nada tenían que ver con sus intereses.

Esta invocación patriótica respondía, por otra parte, a una realidad inherente al nuevo régimen que se estaba conformando. Para algunos autores, la crisis de valores que lleva consigo la moderni-

³⁶ «El Cristo del patriotismo», *¡Tierra!*, 27 de diciembre de 1902.

³⁷ Diego Vicente Tejera se dio de frente con los nacionalistas en sus dos intentos de organizar un partido socialista en Cuba en los primeros años de independencia que utilizaron los mismos argumentos sobre el peligro de la patria. José RIVERO: *El primer partido socialista cubano*, Santa Clara, Universidad Central Las Villas, 1962, pp. 66-79.

dad y la construcción del Estado-nación hace que los ideales nacionalistas sustituyan a la religión y a sus principios, que daban hasta entonces cohesión a la comunidad; en la nueva nación, se pide a los ciudadanos que se sacrifiquen por el bien de la patria³⁸. Pero en la Cuba de principios de siglo encontramos además otro elemento que subyace en el trasfondo de esta petición: la Enmienda Platt a la Constitución cubana de 1901, que amenazó siempre con la temida intervención extranjera. De ahí el mantenimiento a ultranza del orden por parte del gobierno republicano y la consecuente «manipulación del miedo» desde arriba. Los anarquistas se apropiaron de estas ideas para denunciar una vez más las que consideraban perversidades del sistema.

En última instancia, estas «artimañas» del capital, como las calificaban los anarquistas, respondían a las alianzas de clase que en realidad venían siendo frecuentes desde finales del siglo XIX demostrando cómo las uniones interraciales e internacionales celebradas en torno a la clase social, con las reivindicaciones laborales como objetivo, podían resultar efectivas para los trabajadores. La historia de la conflictividad laboral nos puede servir para confirmar esas uniones y para verificar la labor que desarrollaron los anarquistas en bien de los intereses de la clase obrera de la isla, tanto antes como después de la independencia³⁹.

De ese modo, para los anarquistas, el discurso nacionalista dirigido por la elite tuvo una variante relacionada directamente con la comunidad obrera, al ser usado para fomentar las divisiones internas, entrando en colisión directa con los trabajadores foráneos en la isla. La rivalidad se construía, por tanto, sobre la base del origen nacional y tuvo un reflejo concreto en los enfrentamientos protagonizados por nativos y peninsulares frente a los puestos de trabajo. Para ello, las organizaciones nacionalistas recuperaron la idea de la pretendida preeminencia de los españoles sobre los cubanos a la hora de ocupar los mejores empleos que había sido una práctica ha-

³⁸ Anthony D. SMITH: *Nacionalismo y modernidad*, Madrid, Istmo, 2000, pp. 182-185.

³⁹ John DUMOULIN: «El primer desarrollo del movimiento obrero y la formación del proletariado en el sector azucarero. Cruces 1886-1902», *Islas*, 48 (1974), pp. 5-66. Para los primeros años republicanos, Amparo SÁNCHEZ: *Sembrando ideales...*, pp. 243-252.

bitual en algunos sectores laborales durante la época colonial, principalmente en las fábricas de tabaco.

Fue precisamente en el sector tabaquero donde la pugna entre los trabajadores nacionalistas-reformistas y los anarquistas internacionalistas quizás fue más visible por ese motivo. Curiosamente, la industria del tabaco había sido el principal feudo anarquista durante la época colonial y aglutinó en gran medida a los principales líderes obreros, muchos de ellos criollos. Existía una fuerte división en categorías profesionales en las que se ingresaba dependiendo del origen nacional, lo que hizo que en muchos casos los peninsulares ocuparan los principales puestos en esta industria⁴⁰. Con la llegada de la independencia, algunos de los antiguos anarquistas devinieron en nacionalistas y crearon organizaciones que pasaron de posturas radicales a reformistas y se convirtieron en los principales paladines de la nueva nación en ciernes⁴¹. Este viraje explica que los primeros años de independencia aparezcan enturbiados por los enfrentamientos entre reformistas-nacionalistas y anarquistas en el seno de esta industria, donde la nación y la patria se convirtieron en el principal punto de desencuentro que, en última instancia, incluía un elemento excluyente para los foráneos.

En el trasfondo de la crítica a la penetración de los ideales nacionalistas en el contexto laboral tabaquero aparecen las nuevas opciones políticas que se abrieron para los trabajadores tras la emancipación. A decir de los ácratas, las organizaciones obreras nacionalistas vinculadas al reformismo suponían que los trabajadores transigieran con los resultados obtenidos a través de la negociación-colaboración con los burgueses, lo que se traducían generalmente en pequeños cambios que poco suponían para la comunidad de desheredados. El reformismo significaba para ellos, en definitiva, la tan denostada aceptación del juego político. La propuesta anarquista apostaba, sin embargo, por la transformación revolucionaria a largo plazo y por la consecución de mejoras factibles en términos económicos, obtenidas a corto y medio plazo por medio de la acción di-

⁴⁰ Jean STUBBS: *Tabaco en la periferia. El complejo agro-industrial cubano y su movimiento obrero, 1860-1959*, La Habana, Ciencias Sociales, 1989.

⁴¹ José RIVERO: *El movimiento obrero durante la primera intervención: apuntes para la historia del proletariado en Cuba*, Santa Clara, Universidad Central Las Villas, 1961, pp. 89-96.

recta del conjunto de los trabajadores, independientemente de su concepción política e ideológica y de su procedencia nacional; de ahí su acendrada defensa de la huelga general revolucionaria.

En resumen, para los anarquistas, el origen de la situación de la clase trabajadora a comienzos de la república se debía principalmente a la política y a la componente nacionalista de su discurso, que fomentaba esa creencia de que los anarquistas eran españoles empeñados en ocupar los puestos que por «justicia» les pertenecían a los cubanos, recurso que era utilizado en última instancia con una intencionalidad debilitadora manifiesta. Quizás el hecho de que los anarquistas trazaran un puente, desde el punto de vista simbólico, para conectar las dos épocas —colonial y republicana— bajo una misma ideología y unas prácticas comunes, aunque readaptadas a los nuevos tiempos, podía interpretarse precisamente como que éstos querían dejar las cosas como estaban, manteniendo los escalafones y los privilegios entre los distintos sectores de los trabajadores en Cuba. Esta imagen fue reproducida por las elites cubanas y las autoridades interventoras sobre todo durante los años de la segunda intervención⁴², y décadas después sirvió de argumento para que algunos autores, en las postrimerías del siglo XX, reconstruyeran la historia del anarquismo en Cuba de una forma sesgada y llena de prejuicios⁴³.

Frente al mensaje nacionalista, leído en términos excluyentes y discriminatorios, los anarquistas difundieron un discurso solidario e igualitario. Con una clara pretensión inclusivista, trataban de interpelar a todos los desheredados de la sociedad, sin importar el color de la piel o el nivel de pobreza, por cuanto eran todos sometidos y explotados, y esa situación era precisamente lo que les daba coherencia como grupo social frente, por un lado, a la clase capitalista y explotadora, y, por otro, a sus «esbirros», los dirigentes, que eran la causa de la decepción actual del pueblo: «¡Abajo las nacio-

⁴² Pueden verse los informes enviados por el capitán John Furlong en 1907, National Archives and Record Administration, Washington DC, Record Group 199. Más información, en Kirwin SHAFFER: *Anarchism and countercultural politics in early Twentieth-Century Cuba*, Florida, University Press of Florida, 2005, pp. 51-52.

⁴³ Algunos autores difundieron la idea de que los anarquistas eran únicamente españoles y que no había cubanos entre ellos; sin embargo, no sólo se atestigua la presencia de cubanos en sus filas, algunos líderes destacados, sino que algunos eran afro cubanos.

nalidades, razas y colores! ¡Viva la confederación de todos los desheredados!», repetían⁴⁴.

Los anarquistas ofrecieron su alternativa moral y práctica de base internacionalista a aquellos sectores de la sociedad para los que la situación no sólo no había mejorado con respecto a la época colonial, sino que aparecía como peor, según sus interpretaciones, y ello a pesar, o precisamente, por las oportunidades abiertas por el nuevo sistema democrático. En su discurso, la clase aparece por encima de la nación, las naciones se anulan para convertirse en diferentes regiones de un mundo global —por utilizar una terminología actual— formado por una clase trabajadora internacional que aparece guiada, entre otros vectores, por el máximo lema internacionalista: el de que la emancipación de los trabajadores debía ser obra de los trabajadores mismos, para lo cual debían permanecer unidos⁴⁵. Con apoyo en esos principios de unión y solidaridad, los trabajadores se despojan de su procedencia nacional y se convierten en habitantes de un mundo que aparece dividido en regiones, no naciones, y en el que todos son iguales, ningún tipo de distinción les separa, ni las creadas por las sociedades y la política, ni aquella nacida de la división étnica entendida como el sistema de organización social de las diferencias raciales. El origen nacional y con ello la defensa de la patria dejaban de tener sentido, por tanto, para aquellos a los que el sistema mantenía en el «olvido»:

«Dicen los parásitos que la patria es el lugar donde uno nace, y así han dividido la tierra en varias patrias con sus correspondientes trapos; y estos mismos cambian de patria y trapo como y cuando les conviene. La patria, las razas, las clases y otra clase de artimañas, es con lo que dividen a la clase trabajadora. En el planeta Tierra no hay más patria que una: toda la superficie terrestre»⁴⁶.

Identifican así la patria con el territorio al que el individuo se adscribe por nacimiento de modo que el origen territorial se con-

⁴⁴ «La organización se impone», *¡Tierra!*, 24 de enero de 1903.

⁴⁵ La Primera Internacional y su proyección en el discurso anarquista, en Clara E. LIDA: «La Primera Internacional en España: entre la organización pública y la clandestinidad (1868-1889)», en Julián CASANOVA (coord.): *Tierra y Libertad. Cien años de anarquismo en España*, Barcelona, Crítica, 2010, pp. 33-59.

⁴⁶ «La patria», *¡Tierra!*, 7 de febrero de 1903.

vierte en el principal factor de diferenciación entre los individuos, al que los anarquistas añaden algunos de los estereotipos que utilizan en su discurso sobre la división social y que califican de «artimañas», principalmente la clase y la raza. Sin embargo, la adscripción territorial no es un rasgo definitorio definitivo, pues se comprende el cambio voluntario de lugar, y de patria en definitiva, dependiendo del interés personal, lo que remite a una relación jurídica sin valor para los anarquistas que, finalmente, le resta la trascendencia que desde el poder se le quiere dar a la patria. De ese modo, la comunidad social y política, fundamentada en un territorio común, que da cohesión a la comunidad cubana es desechada como elemento unificador por los anarquistas.

En el mismo artículo, se refieren a algunos de los elementos que definen e identifican a los individuos que nacen en un mismo territorio, es decir, se refieren a la nacionalidad, y de igual modo esos elementos no son tampoco ni definitivos ni, por tanto, substanciales para los anarquistas:

«¿Familia? Si donde yo encuentro un amigo tengo un hermano.

¿Lengua? Si en el país donde voy aprendo a hablarla.

¿Religión? Si yo no tengo más que la religión del trabajo».

En su crítica al nacionalismo, los anarquistas descubren la «maleabilidad de los sentimientos nacionalistas», como lo denominó Benedict Andersen⁴⁷. Los elementos etnoculturales, los valores y las características comunes que le dan cohesión a los ciudadanos de la nueva Cuba y que sirven, junto con otros, para que tengan conciencia de su pertenencia a la nación, sus rasgos identitarios, en definitiva, son igualmente desechados porque los ven como imposiciones sociales que pueden intercambiarse con base en la necesidad o al capricho. En su lugar, redefinen los valores morales, destacando sobre ellos la solidaridad, que ha de ser dominante entre los que sufren las desigualdades sociales por cuanto tiene un reflejo en las relaciones cotidianas y un carácter que trasciende fronteras; los anarquistas reubican así los nuevos valores morales en todo el mundo atlántico, de manera que se convierten en elementos de co-

⁴⁷ Benedict ANDERSEN: *Imagined Communities. Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*, Londres-Nueva York, Verso, 1991.

hesión para toda la humanidad, al tiempo que les dotan de un significado más acorde a sus ideales basado en la fraternidad de la comunidad obrera internacional:

«¿Que me muero de hambre en Europa? Voy a la emigración, y en el país a donde llego encuentro una mano amiga que estrecha mi mano, un pedazo de pan que mata el hambre, un vaso de agua que quita la sed, un lecho donde dormir...

Mi patria es el mundo, mi hogar es Cuba»⁴⁸.

Si para algunos autores, como Weber, el sentido de la nación está en la creación del Estado, para los anarquistas la base de la comunidad obrera internacional es la solidaridad. Encontramos así una suerte de crítica constructiva que se asienta en los principios y en la moralidad libertarios. Conectan su discurso en contra del nuevo Estado cubano con su proyecto de construcción de un modelo social alternativo, sin autoridades ni órganos represivos, conformado sobre la base de la solidaridad y la igualdad. Por ello, la mayoría de sus artículos acaban exhortando a los obreros de la isla a organizarse sobre la base de la clase social para, todos juntos, revertir su precaria situación. Refuerzan así ese recurso discursivo anti-política y le dotan de toda una carga simbólica efectiva al vincularlo a los ideales de redención y libertad prometidos por la revolución libertaria y contenidos en su proyecto de emancipación social, sirviendo al mismo tiempo de enlace entre el pasado aun cercano, simbolizado en la última guerra de independencia, y el futuro por venir; a través de los mismos razonamientos discursivos prolongados en el tiempo unen las dos etapas históricas de la isla, reforzando los ideales anarquistas y su potencial liberador, y con ello hacen que para el lector sea factible de nuevo el triunfo de la verdadera revolución social.

El anarquismo fue una ideología de la acción, de ahí que la crítica fuera acompañada en el discurso de la solución práctica; a la política le oponen la acción directa; ante el voto, la alternativa de la huelga: «Demos al traste con la política, y armémonos para la huelga. Y así [...] conseguiremos cerrar la puerta a tanto ambicioso

⁴⁸ «¿Qué es la patria?», *¡Tierra!*, 14 de marzo de 1903.

que busca en los puestos públicos un modo de enriquecerse con los dineros ajenos»⁴⁹.

Conclusiones

Quizás no parezca novedosa la interpretación que los anarquistas hicieron de la realidad política cubana de comienzos del siglo xx, sobre todo si la comparamos con lo que venían haciendo en todo el mundo atlántico y en la propia isla desde las décadas finales del siglo anterior. Sin embargo, reforzar su discurso con una fuerte componente anti-política y anti-Estado debe considerarse oportuno a esas alturas si tenemos en cuenta el cambio político vivido en Cuba. Las esperanzas que habían albergado durante la contienda independentista y la propia realidad política y social que aparece en su trasfondo corroboran lo adecuado de sus argumentos.

En conjunto, el discurso anti-política y anti-Estado nos ofrece un reflejo de las tensiones generadas en el seno de la nueva nación que se estaba conformando tras la emancipación. Diferentes actores sociales se enfrentaban en el día a día apoyando, criticando y ofreciendo sus alternativas al proyecto oficial. Los más en desacuerdo eran los anarquistas, no sólo por las propias contradicciones orgánicas del sistema en general, sino por lo que, a su entender, la nueva Cuba significaba de traición y decepción de lo que en origen se había proyectado. Aunque, no fueron los únicos que demostraron su descontento con el verdadero cariz que estaba tomando la construcción de la nueva nación. Incluso entre los sectores nacionalistas, el proyecto orquestado desde arriba por las elites, con el beneplácito de los sectores económicos y de las autoridades norteamericanas, dejó un reguero de descontentos. Lo que puede diferenciar a los anarquistas es precisamente su manera de enfrentarse a la realidad y, en ese sentido, en el plano discursivo es donde encontramos una mayor radicalidad, porque sus postulados anti-política y anti-Estado parecían diseñados expresamente para la realidad política y social cubana. Sus reproches pretendían trascender el plano abstracto para concretarse en aspectos referidos a la realidad y, sobre todo, a los resultados que para los sectores populares tenían las políticas implementadas por las autoridades.

⁴⁹ «La farsa parlamentaria», *¡Tierra!*, 2 de mayo de 1903.

En ese sentido, sus arengas en contra del Estado-nación no parecen tan desmedidas, sobre todo si se conectan con los problemas que enfrentaba la clase trabajadora y los sectores populares, base principal del discurso solidario e igualitario difundido por los anarquistas. En ese discurso aparece entrelazada una red de frustraciones, emociones compartidas, necesidades y deseos por realizar, elementos irracionales pero que a la vez formaban parte de la vida cotidiana de sus interlocutores. Una nueva moralidad basada en la solidaridad se convierte, en medio de toda esa esperanza contenida, en el arma para resolver situaciones adversas, especialmente para aquellos excluidos del sistema. De esa manera sustituyen al Estado, a su entender «inooperante», que no aparece dispuesto a resolver los problemas de las clases populares, y dotan a cada miembro individual del «poder» de cambiar las cosas. Asimismo, cuidan que los lazos colectivos que unen a los miembros de esa comunidad oprimida se entrelazan por sus iguales, no aparece una «*intelligentsia* intelectual», como en el caso del nacionalismo, que construya sus propuestas desde arriba.

Indirectamente, los anarquistas devuelven la imagen de una pretendida nación que no podía anclarse en el devenir histórico, teniendo en cuenta su reciente emancipación, y presentan algo que tenía más que ver con una construcción social y cultural reciente, maleable, producto de la época y de las especiales condiciones de dominación de un tercero, que con la idea de estabilidad y bienestar que demandaba el pueblo cubano. Sus expresiones en contra de los ideales nacionalistas patrióticos por la «banalidad» con que se tomaban los elementos identitarios, que, si bien servían para proporcionarles cohesión al grupo, sin embargo, se intercambiaban según el antojo, son una referencia indirecta a las mencionadas tensiones existentes en la Cuba de los primeros años de independencia, cuyos grupos dirigentes se debatían entre la construcción de un modelo nacional a imagen del vecino del norte, en el que siempre estaba presente la posibilidad de la anexión, y la pretendida construcción de una nación soberana e independiente, aunque para ésta tampoco existía consenso en el modelo a implantar.

Además, las referencias a la invención de rasgos etnoculturales e históricos tenían su base en la realidad. Durante los años iniciales del siglo, los intelectuales e historiadores crearon una historia y un imaginario común que sirvieran de sustento al modelo de construcción nacional dirigido desde arriba, de ahí surgió una batería de héroes y

mártires nacidos de las guerras de independencia, así como la construcción de un puente con la etapa colonial forjado sobre la base de la «raza hispana» como la única y deseable sobre la que construir la identidad nacional, un proyecto defendido por los autonomistas a finales del siglo XIX cuyos miembros formaban parte de las élites dirigentes de comienzos del siglo XX. La interpretación sesgada e intencionada que se hizo de la historia nacional, ayudada por las ideas racistas tan en boga en aquel momento, acabó por ofrecer un modelo identitario nacional no menos sesgado, construido a partir de la imagen del campesino blanco, cuyo principal modelador fue Ramiro Guerra, lo que tuvo como principal consecuencia la exclusión de la identidad nacional de otros grupos sociales, como los afrocubanos, hasta que en la década del veinte intelectuales como Fernando Ortiz se ocuparon del estudio de la identidad nacional y analizaron los problemas de Cuba tanto desde el punto de vista económico como cultural recuperando la afrocubanidad como rasgo principal de la nueva nación⁵⁰. En contraposición a esos modelos excluyentes y de tinte racista, los anarquistas ofrecieron un proyecto integral e integrador, organizado sobre la base de la clase social y vinculado a un proyecto transnacional y supranacional compuesto por una comunidad que compartía con la cubana rasgos y problemas comunes.

Precisamente, la redefinición de valores emprendida por los anarquistas, con la difusión de un lenguaje y un discurso que era común al resto de comunidades ácratas internacionales, además de darnos una idea del sentir y de la forma de entender la realidad de este sector de la sociedad cubana, nos habla también de esas relaciones transnacionales establecidas por los anarquistas asentados en la isla que venían a sustituir al Estado-nación a través de la solidaridad internacional. En todo el proceso de cambio mencionado, los anarquistas suponían un lazo con el pasado colonial, pues seguían ofreciendo a los trabajadores y sectores populares unos rasgos identitarios propios y definidos ya durante las últimas décadas del siglo XIX que apelaban a una comunidad internacional conformada por encima de cuestiones nacionales, de raza o de color de piel y asentada sobre la base de la clase social.

⁵⁰ Consuelo NARANJO: «La historia se forja en el campo: nación y cultura cubana en el siglo XX», *Historia Social*, 40 (2001), pp. 153-174.